

Sus almas volverán anonadadas,
Espantadas por crimen tan horrendo,
Lágrimas tiernas de dolor vertiendo.

¿Quién deseará la voz de un Dios clemente
Que amante á siervos peccadores llama?
¿Quién osará elevar la altiva frente
Ante tu santo amor que el pecho inflama?
¿Quién no dobla la misera rodilla
Ante el vivo fulgor de tu cuchilla?

¿Qué es el hombre? un arbusto delicado
Que perdido en el árido desierto,
Por el sol de los vicios abrasado
Guía su corazón con paso incierto.
¡Riegales con tu amor el tronco enjuto,
Y podrás recoger sabroso fruto!

Y á mí que imploro tú piedad divina,
Elevando mi voz hasta tu oído,
Guíame por la senda peregrina
De tu Eden á los justos prometido:
Y cuando se termine mi existencia,
¡No me olvides, Señor, en tu clemencia!

MANUEL G. RENTERO.

GACETILLA.

PUEBLITA ESPIDIENDO MANIFIESTOS.—Ha llegado á nuestras manos, impreso en Tlalpujahua, un documento muy curioso que insertamos en seguida para solaz de los lectores. Su esencia es la siguiente:

Los bandidos de Michoacan culpaban á su hermano mayor Pueblita de la pérdida de la acción de Acámbaro, en que fueron completamente derrotados por el valiente general Márquez. Pueblita ha tratado de vindicarse del cargo echándose como pelota á Pinzon, y despues de describir elocuentemente cómo corren los soldados de la libertad, infantes y dragones, ó sea con los pies propios ó los ajenos, cruza los brazos, y descansando en el testimonio de su conciencia, aguarda el fallo de sus contemporáneos acerca de su honor y su reputación, ni más ni menos que Galileo en el calabozo, ó Napoleón en la isla de Santa Elena.

El manifiesto, lo repetimos, es divertidísimo, y dice á la letra:

“Michoacanos.—Los días que han trascurrido desde el 12 de Agosto hasta la fecha, han sido bastante para reafirmar el juicio que acerca del hecho de armas que tuvo lugar aquel día en las orillas de Acámbaro, se habían formado los que no fueron testigos presenciales de los acontecimientos. Ahora que la calma ha sucedido á la agitación de los espíritus, ahora que la realidad no puede ser negada como en el tiempo en que empezaron á circular mil noticias absurdas, exageradas y alarmantes, rompo el silencio que por aquellos motivos me había propuesto guardar, esperando que mi voz sea escuchada, y que se mediten atentamente los hechos que voy á referir.

El día 11 del mes próximo pasado llegó á Zinapécuaro la segunda brigada de la division, mandada por el Sr. coronel D. Manuel Menocal, habiendo pernoctado en la hacienda de Queréndaro L. tercera, que tenia por jefe al Sr. general D. Estimio Pinzon. Antes y en ese mismo día tuve cuidado de enviar sucesivamente exploradores por el rumbo de Maravatio; porque siendo una cosa cierta que el enemigo había retrocedido y estaba en Tepetongo, era muy conveniente y necesario estar al tanto de todos los movimientos que emprendiera. Al Sr. subprefecto y comandante militar de Zinapécuaro D. Rafael Ruiz, ocurría con frecuencia para que me proporcionara las personas que fuesen más á propósito, y nunca marcharon estas á desempeñar su comision sino hasta despues que el espresado Sr. y yo les habiamos dado las instrucciones más minuciosas, y entre ellas el encargo muy especial de que llegaran hasta donde encontrasen al enemigo, volviéndose luego á dar una razon cierta de cuanto á un general le conviene saber para el buen éxito de todas sus operaciones. Hasta el día 11, en que llegó á Zinapécuaro la segunda brigada, no se tenia noticia de que el faccioso Márquez hubiera entrado en Maravatio; pero sin embargo de esta circunstancia, y como una medida precautoria, que nunca es por demas, dispuse de acuerdo con el referido Sr. Menocal, que avanzase hasta Acámbaro ese mismo día el cuerpo Lanceros de Morelia al mando del Sr. comandante de escuadron D. Ignacio Aguilar, lo que se verificó sin obstáculo de ningún género, y acordamos tambien salir al siguiente con la fuerza restante. Las instrucciones que llevó el Sr. comandante Aguilar fueron las que exijan las circunstancias; es á saber, que con la mayor vigilancia estuviera en observacion de cuantos movimientos pudieran hacer los reaccionarios por ese rumbo, y que comunicara cualquier suceso notable que ocurriera.

Fran las dos de la mañana del 12, cuando recibí mi extraordinario en que participaba dicho jefe haber sabido por distintos conductos, que

el enemigo estaba de Tarandacuao al Arroyo de la Luna. Como el oficio venia directamente para el Sr. Menocal, á cuya brigada pertenecian los lanceros avanzados, en el acto despaché al propio jefe lo traje, al alojamiento de aquel jefe, á quien previne que inmediatamente contestara, y que diere órden al comandante Aguilar de que redoblar su vigilancia, y de que en caso de que la noticia fuera cierta, no comprometiera accion ninguna, sino que se replegara á Zinapécuaro. Al amanecer ese mismo día me manifestó el Sr. Menocal haber cumplido exactamente mi órden, trasmitiéndolas por conducto de su ayudante D. Francisco Argüeso; y me hizo presente ademas, que aunque pareciera inútil y ridiculo, habia ordenado al Sr. Aguilar que sus avanzadas estuvieran muy alerta y que mandara exploradores de confianza.

A las siete de la mañana emprendimos nuestra marcha con la demas fuerza, recomendando ántes al señor sub-prefecto, que tan luego como llegara el Sr. general Pinzon, le transmitiera la órden de que siguiera su marcha hasta incorporarse con el grueso de la division, lo que se cumplió con toda exactitud. Cierta es que posteriormente á la noticia que nos habia llegado á las dos de la mañana, no volvimos á recibir otra, por cuyo motivo juzgamos que habria salido falsa; pero siempre era muy conveniente que toda la division entrara en Acámbaro reunida, porque es una verdad que en la guerra nada se debe despreciar.

A la una de la tarde llegamos al punto referido, y en el momento pregunté al comandante Aguilar, si se habia confirmado la noticia por él comunicada, si habia puesto en buenos puntos sus avanzadas, si habia mandado los exploradores y encarecido el cuidado y la vigilancia, habiéndome contestado á todo, menos á lo primero, de un modo afirmativo. En el acto de mi llegada acordé con el Sr. Menocal, que una compañía del mismo cuerpo, Lanceros de Morelia, siguiera á pernoctar en el Arroyo de la Luna, cuya salida se verificó en el acto, no cumpliéndose en su totalidad la órden, por haberse encontrado esta fuerza con la del enemigo, que ya estaba á muy corta distancia de Acámbaro. El jefe que mandaba esta fuerza, llevaba las instrucciones que las circunstancias demandaban.

Habrian trascurrido tres cuartos de hora despues de nuestra llegada, tiempo que me pareció suficiente para que los jefes comieran, é inmediatamente los mandé llamar para acordar con ellos nuestro plan de campaña, que suponiamos se realizaria del día 13 en adelante, atentos los informes que habia tomado del comandante Aguilar. Este llamamiento era tanto más necesario, cuanto que ese era un punto que no podia resolver por mí solo, en virtud de que segun las órdenes recibidas, en todo debia obrar de acuerdo con ellos, y por otra parte era preciso comunicar al Excmo Sr. general en jefe la resolucion que hubiéramos adoptado. Casi acababan de entrar en un alojamiento aquellos jefes, é íbamos ya á tratar del asunto, cuando repentinamente se nos da la noticia de que el enemigo estaba sobre nosotros, por cuyo motivo uos retiramos á ensillar.

Inmediatamente ordene al mayor que se alistaran los cuerpos, y entretanto fui personalmente á cerciorarme de la realidad y á reconocer los puntos para el mejor resultado de nuestras operaciones. No habia llegado á la garita cuando ví al enemigo sobre el cerro de la Cruz, (a) del Toro, y en el acto retrocedí y comencé á dictar mis disposiciones.

Ordené que el Sr. general Pinzon cubriera el punto de la garita con el batallon de Mina, auxiliándolo un poco despues con el de Matamoros, á fin de que con esta fuerza cortara por la derecha al enemigo, como lo consiguió; hice que el Sr. coronel D. Andrés Iturbide, con el batallon activo, cien caballos y dos piezas, se situara en la garita y auxiliara al Sr. Pinzon, poniéndose á sus órdenes para batir á los contrarios por el flanco izquierdo; dispuse que cien infantes del batallon de guardia nacional, y el resto del cuerpo de lanceros, al mando del Sr. comandante D. José María Mendez, se colocaran en una loma intermedia entre el cerro ya nombrado y el de la Soledad, con el fin de que rechazaran al enemigo si pretendia flanquearnos por la derecha; coloqué el cuerpo de seguridad pública y cien caballos al mando del comandante D. Ignacio Martínez, en el puente, para que no se nos tomara el flanco izquierdo, y dejé en la plaza una reserva compuesta del resto del batallon de guardia nacional, riflesos, las demas piezas y las otras caballerías. Poco tiempo despues mandé que marchara por la calle real con direccion á la falda del cerro la infantería de reserva, á cuya cabeza me puse cuando llegó al lugar en que estaba dando mis disposiciones.

Teniendo la necesidad de ir á reconocer personalmente los demas puntos, encomendé aquel al Sr. teniente coronel D. Nicolás de Régules, ordenándole que avanzase con su batallon, y ántes de llegar al que habia encargado al Sr. general Pinzon, le encontré en la orilla de la poblacion, en donde me dió aviso de que se ha-

bia dispersado el batallon Activo y parte del de Matamoros, quedando batiéndose en la cima del cerro el de Mina y una compañía de aquel. Entonces bajé á la plaza con objeto de disponer de las caballerías que habia dejado de reserva, como en efecto lo hice, llevándolas y colocándolas en las bocacalles cercanas á la garita, para impedir la entrada al enemigo; pero estas empezaron á correr casi en el mismo momento, no séndome posible contenerlas por mis esfuerzos que hice. Volví no obstante á la plaza con el designio de disponer de lo que podia aún, y me encontré sin un solo hombre y sin el parque y sin las piezas que hacia rato iban en camino para Zinapécuaro de órden del Sr. general Pinzon, cuando el coronel Iturbide y el teniente Régules se batian todavia y quemaban los últimos cartuchos, el uno con los pocos hombres que le habian quedado y el otro con el resto de su batallon. Aun en estas circunstancias tan desesperadas pude contener con grandísimo trabajo algunos dragones de todas las caballerías que corrían, con los que me preparaba á hacer el último impulso; pero ya era tarde, los infantes que aun peleaban se habian dispersado por falta de parque, el enemigo nos batía dentro de la poblacion, y fué ya indispensable tomar el camino de Zinapécuaro para conservar todo lo que iba por él.

Esta es, michoacanos, la relacion verdadera de las providencias que tomé ántes y en el acto de batir al enemigo; y esta relacion basta en mi humilde juicio para destruir completamente los cargos de impericia y descuido que se han lanzado contra mí. ¿Pudo haber descuido por mi parte, cuando incessantemente mandé exploradores en observacion de los movimientos del enemigo para que me los participaran con la mayor celeridad; cuando ántes y despues de mi llegada á Acámbaro se dieron al comandante Aguilar órdenes sobradas para impedir la sorpresa si se hubieran cumplido puntual y eficazmente, como era de suponerse atenta la noticia por él comunicada; cuando no es el general en jefe quien está obligado á ir personalmente á situar y visitar las avanzadas, pues que este deber incumba al mayor y al jefe de día? ¿Podia haberme imaginado ni remotamente que la avanzada estuviera puesta como lo estaba, en el punto menos á propósito, en las goteras de la misma poblacion?

Respecto de la impericia, no me es posible vindicarme de una manera tan satisfactoria, como creo haber desvanecido el cargo de descuido, porque seria inútil y ridiculo que yo mismo me constituyera en panegirista de mis propios hechos, cuando soy el primero en confesar que carezco de las dotes que adornan y distinguen á los buenos generales. Por esto es que me limito á esponer las providencias que tomé en aquellos momentos de sorpresa; ellas están á la vista de todos, para que puedan ser examinadas con la calma y la imparcialidad que deben preceder al exámen de una cosa cualquiera, mucho mas cuando se trata del honor y reputacion de los hombres.

Creo sin embargo tener tanta mas justicia para no calificar tan desventajosamente mis disposiciones, cuanto que ninguno de los jefes de las otras brigadas me hizo la mas pequeña observacion, á pesar del derecho indisputable que para ello tenían, á pesar de que hasta cierto punto reportaban la misma responsabilidad que yo, porque segun las órdenes terminantes del general en jefe, debiamos obrar en todo de comun acuerdo. Habiamos sido sorprendidos, no entré en accion ni la mitad de nuestra fuerza, la del enemigo era mas numerosa y tenia muy buenos puntos, la mayor parte de nuestra caballería habia corrido, algunas infanterías se habian desbandado, y todavia en este conjunto de circunstancias adversas metieron en gran desórden á nuestros enemigos los soldados del pueblo que resistian á pie firme, y todavia en aquella lucha desigual la victoria nos sonrió varias veces.

Conciudadanos: Yo descanso tranquilo en el testimonio de mi propia conciencia y en la buena fé de todos los que presenciaron la escena. Un día vendrá en que yo mismo pida se levante una averiguacion sumaria para que se depure mi conducta en este desgraciado hecho de armas; pero entretanto, he querido tener la satisfaccion cumplida de pintar los hechos tales como fueron, y de decir en alta voz al pueblo de donde he salido: “pueblo, aquí tienes la relacion de los hechos, aquí tienes la conducta que observé en la guerra de Acámbaro; juzga ahora si son fundados los cargos de impericia y de descuido lanzados contra mí; juzga ahora si soy indigno ya de tu confianza. Cuando ésta ha sido para mí tan innegada y tan ilimitada; cuando tú has puesto las armas en mis manos para que defendiera tus inalienables y sacrosantos derechos, mi deber es decirte la verdad, refiriéndote las cosas tales como fueron, y someterme gustoso á tu inflexible pero recto tribunal. Si, como no lo temo, tu fallo inapelable viniere á condenarme, no por eso dejaré de ser tu amigo; recuerda que á mí me anima la sangre que á tí te vivifica, y que estoy identificado contigo en ideas y senti-

mientos; porque siempre amaré como tú la libertad; porque mi alma detestará siempre como tú, por más que se disfracen, á todos los traidores y á todos los tiranos.”

Tlalpujahua, Setiembre 12 de 1858.—Manuel G. Pueblita.

LA ESCUADRA COMBINADA Y LA POBLACION FRANCESA.—El Progreso de Veracruz con fecha 27 de Noviembre dirijia los siguientes requiebros á L'Estafette:

“El periódico frances que con el nombre de L'Estafette ve la luz en la ciudad de México, ha publicado el artículo que traducido insertamos llenos de complacencia á continuacion, porque espresa á nuestro entender, la verdadera opinion de los franceses avocados en la República, respecto del asunto á que se refiere. Si se aprecia debidamente la situacion de los escritores de L'Estafette, si se toma en cuenta la mano de hierro que pesa sobre la prensa de los lugares ocupados por los enemigos de la libertad, y que esa opresora fuerza se mueve á voluntad de las personas interesadas en desfigurar los hechos y presentarlos bajo un aspecto desfavorable al partido que tiene por enseña la ley fundamental, no podrá ménos de convenirse en que las palabras de nuestros colegas se encuentran fuertemente apoyadas por el sentimiento de los ciudadanos franceses, con excepcion de los que, por un lamentable olvido de todas las conveniencias sociales y políticas, se creen en el caso de emplear su influjo para poner obstáculos al triunfo de los buenos principios.”

LA DEFENSA DE HUAMANTLA.—Para que nuestros lectores formen idea del valor con que se defendió el vecindario de Huamantla de las gavillas de Alaristo, creemos conveniente reproducir las siguientes líneas de un parte que con fecha de Noviembre dirigió el mismo cabecilla á la familia enferma:

“El día 18—dice—á las doce de la noche emprendí mi marcha con direccion á Huamantla, adonde llegué á las diez del día siguiente, y al avistarme en el Calvario comencé el enemigo á dirigir sobre mis avanzadas sus fuegos. Hice un reconocimiento de la fortificacion que se extendia en la circunferencia de la plaza como á unas cien varas de las primeras casas que la forman y estaba hecha con parapetos de vigas rellenas de tierra con un espesor de una y media á dos varas. Despues de esto mandé cincuenta caballos á que se avanzasen á las avenidas de los caminos de Puebla y Nopalucan, otros cincuenta fueron colocados en los flancos del camino por donde me presenté para que cuidasen el de los Llanos y la altura que viene descendiendo de la Malinche, muy á propósito para una retirada y defensa en un caso dado. Hecho esto situé un obús de montaña en la calle recta que va á la parroquia, otro á la siguiente de su derecha, el tercero en el flanco izquierdo formando un ángulo recto con el primero: mientras esos tres obuses hacian fuego avanzando protegidos con sus respectivas escoltas, mandé por tres diversos puntos intermedios hacer horadaciones que llegasen hasta los últimos términos que saliesen á la plaza.

En estas operaciones y sin interrupcion del fuego de cañon y fusilería dieron las tres de la tarde, á cuya hora apenas se habia logrado apagar el fuego del cañon enemigo y tomar las alturas de las iglesias cercanas al centro. Como de prolongar mas la lucha podian resultar graves males y mi artillería se hallaba á una corta distancia de las trincheras, me resolví á dar el asalto que pudiese término á aquella, y con tal objeto hice venir á veinte hombres de reserva y con ella y con algunos dragones que me acompañaban haciéndoles echar pié á tierra avancé sobre la trinchera que asaltaron aquellos y yo atravesé por el merlon á caballo. En este momento aturdido por nuestros fuegos huyó el enemigo de las demas trincheras, y al toque de diana, que era la señal convenida, aparecieron por las horadaciones y por los mismos atrinchamientos todos mis soldados que ocupaban los puntos avanzados. El enemigo continuaba con tenacidad disparando sus fuegos desde las alturas de las casas é iglesias de la plaza y para apagarlos fué preciso pasar los cañones en peso sobre las trincheras. Esta operacion y la toma de todas las alturas duró un poco mas de media hora, de modo que á las cuatro de la tarde Huamantla habia completamente sucumbido.”

La necesidad de haberse roto las puertas de las casas ocupadas por el enemigo dió por resultado el que el mismo populacho de Huamantla cometiera algunos desórdenes unido á los presos que los reaccionarios ocupaban en sus fortificaciones. Estos desórdenes procuré evitarlos por medio de los jefes y aun personalmente, y cuando observé que iba tomando incremento, reuní toda mi fuerza y la hice salir de la poblacion, previne se cerrasen todas las puertas y ordené al Sr. coronel Carretero, residente en los Llanos, viniere con la fuerza de allí á ocupar la plaza.

Aunque segun los informes de varios vecinos de la poblacion, la fuerza enemiga constaba de

500 hombres, entiendo que ella apenas ascenderia á 300, incluidos 50 soldados de línea. Se recogieron ciento y tantos fusiles, como dos cajones de cartuchos y paradassueltas, una pieza de artillería y algunos rifles y escopetas, cincuenta y cuatro prisioneros, treinta muertos y multitud de heridos.”

Algo infeliz nos parece la perfrasis usada por Alaristo para espresar que hubo saqueo en Huamantla.—Siempre se le echa la culpa al populacho, cuando sabido es que los soldados de la causa constitucionalista no necesitan guardianos ajenos para semejantes travesturas.

SUCESOS DE AYER EN LA CAPITAL.

—Dice la Sociedad con fecha 24: “Ayer á las ocho y media de la mañana el toque de dianas en el cuartel de San Agustín, anunció el pronunciamiento del cuerpo de infantería que manda el teniente coronel D. Manuel Gual.

Creyéase al principio que dicho pronunciamiento estaria de acuerdo con el plan proclamado en Ayotla; pero inmediatamente se supo que el espresado plan habia sido modificado en esta capital de acuerdo con el general Echeagaray, quedando reducido á que el jefe militar del movimiento en México, el general Echeagaray y la autoridad política del Distrito que lo secundase, nombrarian una junta de personas notables de todos los Departamentos, avocindadas ó presentes en la capital, para que esta junta eligiese al presidente interino de la República y fijase las principales bases del gobierno en tanto que pudiera ser formada y expedida la constitucion.

Este plan modificado fué el que proclamó el teniente coronel Gual, reconociendo como general en jefe del movimiento en México, al Sr. general D. Manuel Robles Pezuela.

Pocos momentos despues, secundó el movimiento la fuerza de policía al mando del general Tapia en la Acordada. En algunos otros puntos secundarios, se situaron en el resto de la mañana secciones de pronunciados y defensores del gobierno.

El Excmo. Sr. presidente envió al teniente coronel Gual, á las diez y media de la mañana, una comision compuesta de los Sres. general D. Francisco Cosío y secretario del gobierno del Distrito Lic. D. Francisco de P. Tabera, á que le manifestasen que si con el movimiento iniciado en México solo se trataba de separar su persona del gobierno, estaba pronto á retirarse; pero que si se queria contrariar los principios políticos que su administracion ha profesado, se sostendria hasta donde le fuese posible.

A consecuencia de esta manifestacion, el Sr. general Robles pasó á las once y media á palacio á conferenciar con el presidente. Habiendo dicho S. E. que desearia no ocuparse del asunto sino cuando el coronel Lagarde, reducido á prision poco ántes en la Acordada, fuese puesto en libertad, el general Robles espidió órdenes para ello, y el digno jefe de la policía pudo seguir velando por la seguridad de la poblacion.

En la conferencia, el presidente dijo al general Robles que estaba pronto á retirarse, con tal de dejar en el gobierno á tres individuos nombrados por él y encargados de conservar el órden y la tranquilidad en México, hasta la llegada del general Miranon, quien procederia en union de los generales Echeagaray y Robles, á nombrar las personas que deben componer la junta de notables á que el plan se refiere.

El general Robles se retiró á consultar al punto con sus compañeros de armas, y hasta la hora de cerrar nuestro periódico, ignoramos si ha habido ó no arreglo definitivo.

En la tarde se pronunció la Ciudadela, reconociendo por jefe al general Ovando.

A las dos de la tarde, un reten de 20 hombres del gobierno, que estaban en la Profesa, se unió á los pronunciados de San Agustín.

El comercio permaneció cerrado; pero no ha habido que lamentar el mas leve desórden en la ciudad.

En la misma tarde de ayer fueron puestos en libertad por el gobierno del Distrito los Sres. Doblado, Arriaga, Balbontin y Riva Palacio.”

MONTE DE PIEDAD DE ANIMAS.—Se nos ha remitido lo siguiente:

“La venta que estaba anunciada para el día de ayer, de las alhajas empeñadas en Mayo del presente año, se verificará el lunes 27 del actual á las once de la mañana, con la concurrencia que hubiere.

“México, Diciembre 24 de 1858.—Manuel Riofrio.—Vº Bº.—Lazpita.”

DIEGO ALVAREZ.—Ha corrido ayer el rumor de que tomando caminos estraviados para evitar el paso por Cuernavaca, se habia presentado en el arenal al otro lado de Tlalpan.

Aunque la noticia es grave, nadie trató de inquirir si era ó no cierta, pues mas preocupaba los ánimos el pronunciamiento; y por perderse en conjeturas sobre sus resultados probables, pocos se ocupaban de otra cosa, por considerarlo todo de poco momento.